

# MARY ELLEN FIEWEGER

## Fe

Con el pasar de los años he conocido a muchos católicos debido a que yo misma soy una y también porque cuando decidí residir en Ecuador, hace veintiséis años, el noventa y ocho por ciento de la población se decía creyente. Aunque la Iglesia ha perdido espacio últimamente, cerca del ochenta por ciento aún profesa la fe. Y aquí en Intag, una región de unos 2200 kilómetros de bosques nublados y fincas en el noroeste del Ecuador, con la excepción de unas pocas docenas de evangélicos, unos cuantos testigos de Jehová y un Baha-i, los quince mil habitantes todavía practican aquello que, en tiempos escolares, llamábamos “la fe única, divina, católica y apostólica”. Este fenómeno se puede atribuir, en gran parte, a nuestro aislamiento: hasta los años sesenta del siglo pasado, la mayoría de inteños no tenían televisión ni salas de cine, tampoco se vendían periódicos aquí en la zona.

El aislamiento también benefició a nuestros bosques. Intag es parte de la región del Chocó, uno de los veinte “sitios calientes” (*hotspots* en inglés) del mundo —lugares de diversidad biológica espectacular con grandes números de especies endémicas que requieren medidas urgentes de protección—. Todavía se encuentran osos de anteojo, venados andinos, jaguares, pumas, monos, gallos de monte, tucanes piquelaminados, junto con una multitud de especies difíciles de encontrar. He visto algunas. Aunque todavía me queda por ver un loro orejamarilla. Esto, porque mientras nuestro aislamiento resulta óptimo para la supervivencia de muchos seres vivos, entre ellos los católicos, la Iglesia no ha sido buena con *Ognorhynchus icterotis*.

No hace mucho, el loro orejamarilla era una especie común en Ecuador y Colombia. Se trata de un ave relativamente grande que a veces aparece en las guías de campo aviarias junto con los guacamayos. El trino del loro es similar al llamado del ganso, y un tropel a la distancia se asemeja a “un balbuceo lleno de música y de conversación”. Los ornitólogos creen que el ave vagabundea estacionalmente, que anida en colonias y que prefiere el terreno boscoso y parcialmente limpio. Más allá de eso, saben muy poco y las oportunidades para seguir aprendiendo sobre ella son cada vez más escasas, puesto que es cada vez más difícil verla. El mayor grupo observado en tiempos relativamente recientes, el 16 de julio de 1978 en Colombia, contaba veinticinco aves. En la provincia ecuatoriana del Carchi, en 1991, se observaron siete, y Niels Krabbe identificó un grupo de diecinueve en la provincia de Cotopaxi en 1994 y después en 1995, aunque para entonces había cinco menos. El loro es tan escaso que los aficionados hurtan especímenes disecados: dos de estos desaparecieron de una colección en Quito en 1994. En general, las guías de campo no se muestran optimistas en torno al futuro del loro. “Es extremadamente raro”, dicen, y está “críticamente en peligro”, su situación es “precaria y tal vez no pueda ser salvado”.

El problema es la palma de cera, o, mejor, todos los católicos que la requieren para el Domingo de Ramos. Ese es el día en que celebramos el ingreso de Cristo a Jerusalén, montado sobre una acémila y vitoreado por una muchedumbre de simpatizantes. Ahora, en el Evangelio de Mateo se dice que estos cubrieron el camino “con ramas de árboles”, mientras que Marco habla de “vegetación” y Lucas omite mencionar cualquier tipo de daño al medio ambiente al señalar que los seguidores de Jesús estiraron sus mantas en el suelo. Solamente san Juan anota: “salieron a darle el encuentro con ramos de palma en sus manos”. Y es justamente a Juan a quien los Padres de la Iglesia le toman la palabra. En Ecuador, por consiguiente, con sus bosques menguantes y con una Iglesia aún fuerte, el Domingo de Ramos presenta multitudes de creyentes que portan bosques enteros de frondas de *Cexoxylon*.

En general, las guías de campo no se muestran optimistas en torno al futuro del loro. “Es extremadamente raro”, dicen, y está “críticamente en peligro”, su situación es “precaria y tal vez no pueda ser salvado”.

El rito anual ha sido duro para el loro orejamarilla, a quien le gusta anidar en agujeros dentro del tronco de la palma de cera y, aunque se conoce que come la fruta del *Sapium* y del *Croton*, prefiere la de la palma.

Hace algún tiempo, y por algunos años, tuvimos un cura “verde” en Intag. Al oír sobre las preferencias del loro orejamarilla y del peligro en que se encontraba, el padre Giovanni Paz pidió a sus feligreses que, en lugar de ramos de palma, trajeran a la iglesia plantitas de especies nativas, que luego llevarían a casa, ya bendecidas, para luego sembrarlas. Entonces el obispo envió a Giovanni a Cuba. Su sucesor, un hombre de fe inquebrantable ante la sabiduría de las autoridades de la Iglesia y del Plan Divino, le negó a su rebaño el pedido de seguir utilizando las plantitas: si Dios desea que el ave sobreviva —dijo— lo hará, si no, no. Así terminó un pequeño esfuerzo por aplazar la desaparición de *Ognorynchus icterotis*.

Este último Domingo de Ramos estuve en Apuela, el poblado mayor de Intag. La misa fue emotiva: hombres, mujeres y niños aventaban frondas de palma a diestra y siniestra mientras el cura caminaba entre ellos, bendiciéndolas. También resulta emotiva la descripción de una pequeña bandada de loros orejamarillas que Krabbe observó hace pocos años. Dice que se mostraban “fieles a una determinada palma que seguía de pie en un claro, que anidaban ahí y se aferraban a sus frondas”. ■

---

Mary Ellen Fieweger (Ecuador)

Traductora y escritora, fundadora del periódico comunitario *Intag*. Publicó *Es un monstruo grande y pisa fuerte* en la editorial Abya-Yala.

#### Nota

La fuente de información y las citas sobre el loro orejamarilla provienen de Ridgely, Robert S. & Paul J. Greenfield. 2001. *The Birds of Ecuador*, vols. I, p. 275 y II, p.188, Ithaca: Cornell University Press.